

PRÓLOGO

¿Quién soy yo? A esta pregunta puedo responder con mi nombre, con mi número de identificación fiscal, con datos sobre mi nacimiento o, idealmente, con mi biografía entera. Más corta y sencilla es la respuesta a otra pregunta: ¿Qué soy yo? Yo soy un ser humano. Pero ¿qué es un ser humano? Un miembro de la especie *Homo sapiens*. ¿Qué tienen en común los miembros de la especie *Homo sapiens*? La naturaleza humana. ¿Y qué es la naturaleza humana? Para responder a esa pregunta he escrito este libro.

Antes de abordar directamente el estudio de la naturaleza humana, el capítulo 1 despacha brevemente las opiniones que niegan su misma existencia. Más compleja es la cuestión de en qué consista la naturaleza humana. En nuestro tiempo, la única manera intelectualmente honesta de abordar el tema pasa por el enfoque evolucionista, que se introduce en el capítulo 2.

Los diversos estratos de nuestra naturaleza corresponden a los distintos períodos por los que ha atravesado nuestra evolución. Cada etapa, cada vicisitud ha dejado sus huellas. La estructura actual de la naturaleza humana recapitula la historia filogenética del linaje humano. En cierto sentido, somos lo que fuimos. Por eso, la manera más objetiva de articular en qué consiste nuestra naturaleza es siguiendo el hilo conductor de nuestra historia. Los capítulos 3, 4 y 5 analizan los estratos de nuestra naturaleza, correspon-

dientes a otros tantos hitos de nuestra historia evolutiva, reunidos en torno a nuestra condición de seres vivos, a nuestra animalidad y a nuestro rango de primates.

La naturaleza humana no es una entelequia etérea, sino que está anclada en la realidad robusta del genoma. En una época como la nuestra, marcada por el avance espectacular del Proyecto Genoma Humano, resultaría anacrónico hablar de la naturaleza humana sin tener en cuenta los genes en los que se articula y codifica. Este anclaje genético de nuestra naturaleza se aborda en el capítulo 6.

La mente, el lenguaje y la cultura son aspectos fascinantes y siempre subrayados de la humanidad. La mente, que abarca las funciones conscientes del cerebro, ha sido objeto de diversos enfoques psicológicos y neurológicos, que se analizan someramente en el capítulo 7. Desde luego, también el lenguaje y la cultura dependen del cerebro. El capítulo 8 está dedicado al lenguaje, que suele ser considerado como el rasgo más peculiar y emblemático del ser humano, aquello que más nos diferencia de los otros animales. La cultura y su evolución son objeto de análisis en el capítulo 9, que también trata de la política cultural y sus malentendidos.

La naturaleza humana se presenta en dos sexos diferentes, machos y hembras, y se renueva y mantiene gracias a las deliciosas y conflictivas relaciones entre hombres y mujeres, consideradas en el capítulo 10.

El nacimiento, la reproducción y la muerte son los hitos que delimitan nuestra existencia. En torno a ellos se plantean cuestiones de gran calado social, con frecuencia envueltas en la bruma de la ignorancia y el tabú, como el control de la natalidad, la eugenesia y la eutanasia. Estas cuestiones son abordadas en los capítulos 11 y 12.

Los capítulos 13 y 14, finalmente, se ocupan de los aspectos morales y espirituales de la naturaleza humana, desde la reflexión

sobre la toma de decisiones hasta la capacidad del cerebro humano de trascender los límites del propio organismo y del propio yo para alcanzar la comunión intencional con el Universo.

La primera mitad del libro es más teórica y científica, la segunda es más práctica y ligada a cuestiones polémicas, pero ambos puntos de vista están presentes e imbricados en todos los capítulos. Estoy de acuerdo con José Ortega y Gasset en que la claridad es la cortesía del filósofo, aunque tampoco olvido el adagio de Albert Einstein: Hay que explicar las cosas todo lo sencillamente que se pueda, pero no más. He procurado presentar las cuestiones científicas del modo más claro de que soy capaz. Si, a pesar de todo, el lector encuentra algún párrafo difícil de roer, sálteselo sin más y siga leyendo; seguro que enseguida volverá a entenderlo todo. He tratado de ser objetivo, de basar mis análisis en la mejor información disponible y de ofrecer una visión del mundo y del ser humano que sea coherente, racional y compatible con los resultados más sólidos de la investigación. No he rehuído las cuestiones polémicas relacionadas con la naturaleza humana, no me he refugiado en los tópicos «políticamente correctos» y he expresado mi opinión sin tapujos.

Uno nunca sabe si lo que escribe va a servir para algo. A mí me gustaría que este libro sirviera para fomentar la virtud de la lucidez, que contribuyera a elevar nuestro nivel de autoconciencia de lo que somos y, por lo tanto, a sentar las bases para una discusión de los temas relacionados con la naturaleza humana que fuera serena, racional, objetiva y ayuna de prejuicios y tabúes.

En la introducción a sus *Lecciones de Lógica* (1800), dice Immanuel Kant que todo el campo de la filosofía (en sentido mundano) se deja reducir a las siguientes preguntas:

- ¿Qué puedo saber?
- ¿Qué debo hacer?
- ¿Qué me cabe esperar?
- ¿Qué es el ser humano?

«En el fondo —agrega Kant— cabría atribuir todo esto a la antropología, pues las tres primeras preguntas remiten a la última.»

De todos modos, a lo largo de la Historia, la antropología filosófica ha sido una empresa prematura, dada la ausencia de datos y conocimientos sobre la naturaleza humana en los que basar la reflexión. Téngase en cuenta que hasta hace poco más de un siglo no se sabía nada acerca de nuestro cerebro, ni acerca de la herencia, ni acerca de la evolución humana; ni siquiera se sabía que existirían genes o neuronas o ancestros prehumanos. A falta de información, que no de inteligencia, con frecuencia era difícil escapar a la mitología y la mera palabrería. Solo recientemente hemos empezado a disponer de suficiente información fiable como para aventurarnos a reflexionar con algún (desde luego, no mucho) conocimiento de causa sobre lo que somos, de dónde venimos y hacia dónde vamos. Pero aún quedan muchos cabos por atar. Un libro realmente satisfactorio sobre la naturaleza humana solo podrá ser escrito dentro de cien años, cuando conozcamos mucho mejor que ahora las funciones de nuestros genes y el funcionamiento de nuestro cerebro; pero el autor, y supongo que el lector, no pueden esperar tanto.

En los últimos años la cuestión de la naturaleza humana ha saltado de la discreta penumbra de la erudición académica a los titulares de los periódicos. Ello se ha debido tanto a la imbricación del tema con las inquietudes suscitadas por los avances de la biotecnología como a los debates sociales en torno al nacimiento y la muerte. Autores tan conocidos como Edward Wilson, Peter Sloterdijk, Francis Fukuyama, Jürgen Habermas y Steven Pinker han publicado libros recientes sobre el tema, pero ninguno de ellos pretende siquiera dar una visión global y coherente de la naturaleza humana, sino que se lanzan de cabeza a la polémica de turno. Lástima, pues de otro modo me habrían ahorrado el trabajo de escribir este libro.

En aras de la claridad y como vacuna contra ambigüedades, uso un par de distinciones terminológicas poco habituales, pero útiles, como la distinción entre *humán* (ser humano en general) y *hombre* (ser humano macho), o la distinción entre *experimentar* (hacer experimentos) y *experienciar* (tener experiencias). La primera distinción está ampliamente argumentada y explicada al principio del capítulo 10, adonde puede dirigirse de inmediato el lector curioso o irritado. Para referirme a la macromolécula orgánica que sirve de soporte a la información genética (el ácido desoxirribonucleico), uso la sigla internacional DNA, como suelen hacer los biólogos moleculares, más bien que la sigla castiza ADN.

Este libro se ha beneficiado de la lectura previa, atenta, competente y detallada de varios de sus capítulos por colegas expertos en las materias respectivas, como Antonio Barbadilla, Miguel Beato, Jaume Bertranpetit, Eudald Carbonell, Camilo José Cela Conde, Antonio Fontdevila, Ricardo Guerrero, Carmen Maté, Ignacio Morgado, Andrés Moya, Salvador Moyà Solà, Jordi Sabater Pi, Manuel Soler, Adolf Tobeña y Marga Vicedo, que han tenido la generosidad de comunicarme sus correcciones, sugerencias y comentarios. Les agradezco sinceramente su valiosa ayuda. He seguido la mayor parte de sus sabios consejos, aunque no todos, por lo que no son responsables de los defectos que aún quedan, debidos a mi contumacia.

Moià, agosto de 2005

JESÚS MOSTERÍN